A.P.C.E.
SIG.: 1.2F/1169.

EN EL CENTRO REPUBLICANO ESPAÑOL

Celebración del 14 de Abril

El XVI aniversario de la proclamación de la República se celebró con gran entusiasmo en el Centro Republicano Español de México la víspera, domingo 13, con un almuerzo al que concurrieron cerca de 400 comensales.

Ocuparon la mesa de honor, con el presidente del Centro señor Esplá y señora, el señor embajador de España en la República Mexicana don Luis Nicolau D'Olwer y su esposa, señora Palma Guillén de Nicolau; don Félix Gordón Ordás y señora, don Pedro Vargas, presidente de la minoría de I. R.; el vicepresidente del Centro señor Arias, Antonio M. Sbert, director de "España Nueva"; don Gabriel Bonilla, señoras de Valencia, Torre Blanco y Robles, señorita Luisa Ruiz, los representantes de partidos y entidades señores Miguel Granados Ruiz, presidente del Ateneo Salmerón; Iharrategui, delegado del Gobierno vasco; Andreu Abelló, de Esquerra Catalana; Tejedor, de la Agrupación Socialista; Ruiz Olazarán, de la U. G. T.; y Vicente Serrano, de la Agrupación madrileña "Los 4 Gatos"; el cónsul señor Tremoya, los diputados señor Fráposi Marcort, Escribano y otras ilustres personalidades.

Dadas a conocer por el señor Tarifa las adhesiones y cartas recibidas, entre las que figuraban las del insigne escritor mexicano Alfonso Reyes, de don Indalecio Prieto, de la señora Margarita Nelken y algunas otras de importantes entidades, leyó Antonio Robles una breve y fina página del llorado poeta Antonio Machado, publicada para la misma fecha conmemorativa en el trágico año de 1937, que se aplaudió con emocionado respeto.

Discurso de don Carlos Esplá

Don Carlos Esplá, presidente del acto que se estaba celebrando, dió a conocer la significación de éste con las siguientes magníficas cuartillas, que fueron calurosamente aplaudidas.

SEÑOR EMBAJADOR,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Este año celebramos nuestro 14 de Abril con entrañable sencillez. Nos honra ciertamente la compañía del señor Embajador de la República Española, don Luis Nicolau D'Olwer, con su esposa, y también la de otras ilustres personalidades republicanas, pero su honrosa presencia, que saludamos con respeto y cariño, no priva de intimidad a nuestra fiesta, porque ellos son, entre nosotros, símbolo vivo de sencillez y amistad. Celebramos, pues, una fiesta familiar, y la celebramos en nuestro propio hogar. Somos republicanos y nos reunimos para comulgar juntos en la emoción de un recuerdo y en el fervor de una esperanza. No quiere decir ello que seamos simplemente republicanos de aniversario y de conmemoración, republicanos de calendario y de museo histórico. Nada hay tan vivo y ardiente como nuestro republicanismo, y si lo exaltamos en una fecha gloriosa entre todas, prueba es ello de que los republicanos españoles, podemos mirar nuestro pasado con orgullo y firmeza, y contemplar el futuro con decisión y dignidad. No nos entreguemos, sin embargo, al juego vano de los vaticinios. En el liviano equipaje del desterrado no cabe los dados de la suerte, ni el doloroso éxodo de nuestro pueblo fué peregrinación en busca del oráculo. Yo siento mucho no ser profeta y no poder decir ahora la mágica palabra del buen augurio. Lo siento, aunque recuerdo la mordaz ironía del clásico, que no comprendía que pudieran mirarse uno a otro dos augures sin reir. Mas no hace falta ser profeta para decir, ya que no cuál será nuestro futuro, al menos cuál es el futuro que merecemos. El que merecemos en verdad los republicanos españoles por la limpieza de nuestra conducta y lo acendrado de nuestros propósitos, por lo que fué nuestra República y por lo que puede volver a ser, por nuestro gran amor a España y por la enorme injusticia que con nosotros se ha cometido. No nos venció ésta y aquí estamos erguidos ante el destino. Cuando la injusticia es tan feroz y tremenda, quien la sufre siente la íntima confortación del elegido, y en vez de dejarse vencer por ella, se dispone a vencerla en un acto de entereza y de soberbia. Por eso decimos que, en justicia, a los republicanos españoles el futuro debe reservarnos la República.

Volvemos orgullosos nuestra vista a aquel 14 de Abril que fué una maravillosa fiesta cívica, y nos sentimos todavía penetrados del "espíritu del 14 de Abril", pero, como evocaba adustamente don Manuel Azaña, del espíritu del 14 de Abril a las siete de la tarde, en el "punto del estallido". A esa hora la República era ya más que una fiesta. Era una explosión ciudadana. Entre cánticos de júbilo la había traído el pueblo, riendo, y en el momento aquel de aquella Pascua Florida, Alfonso XIII, el Gutiérrez del desdén popular, el padre del don Juan ese de Estoril, iba camino del puerto de la fuga entonando —él siempre tan castizo— su óltima cartagenera real. La monarquía gótico-borbónica fué barrida así de España, sin drama, sin lágrimas, sin aspavientos. Pero se equivocaban quienes creyeron que la República sólo estaba a flor de labios del pueblo, en la gracia primaveral de su risa y de sus cantos. Estaba bien hincada en el corazón de España; y cuando la traición quiso arrancársela al pueblo, por ella, por la República, derramaron los españoles la sangre del sacrificio. Quien quiera saber lo que fué la República para nuestro pueblo, que recuerde cómo éste ofrendó su vida para defenderla. No fué entonces aquella su defensa heroica cosa de himnos, ni de flores, ni de entrelazarse jubilosamente las manos. No fué fiesta, ni verbena. Fué drama desgarrador y sangriento. Tal precio, en oro de sangre, pagó el pueblo español por defender su República. ¿Y ahora quieren darle —trágica burla— a ese pueblo del sacrificio republicano la monarquía dos veces repudiada? Sólo la República, repetimos, será en nuestro futuro justicia para nuestra patria.

La esperanza monárquica se perdió en España aquel 14 de Abril de la fuga real, y luego se desvaneció para siempre al empuñar el pueblo las armas, obligado a hacer tragedia de su fiesta. En vano ha de ser que Franco, el enano sangriento, el fantoche imperial, se crea ahora rey. Cosa de loco, sin duda, es ésta de creerse rey. Y en vano también que frente a él —y en pugna ahora uno contra otro por el pacífico usufructo del crimen— ese moro de Estoril reclama "sus sagrados derechos de soberanía" vertidos en él "por la voluntad de Dios" y que constituyen —son sus palabras— su "regio legado". No le disputamos nada de ese legado. A él le pertenecen, por herencia, la vergüenza del desastre del 98, y la sangría y robo de Marruecos, con su cumbre de muertos de Monte Arruit, y la felonía de 1923 y la criminal traición de 1936, en la cual quiso participar personalmente el don Juan ese para matar españoles. Era en los tiempos en que —parece ya olvidado por muchas de las desunidas Naciones Unidas— ese miserable de Franco "capitán de la Cruzada y generalísimo de los Nacionales", lograba con bombas y aviones italianos victorias alemanas en el suelo de España y contra España; cuando al servil aliado de Hitler y de Mussolini —pero, ¿es verdad que estos dos fueron vencidos y han muerto?—, al general cristiano bendecido por el Vaticano, le llegaban soldadesca extranjera y máquinas de guerra, embarcadas sin duda aprovechando algún inocente descuido de los caballeros que en Londres formaban aquel Comité de No-Intervención, que ahora, por lo visto, se sigue reuniendo en otras capitales del mundo, al parecer con nombre diferente, pero no con distintos fines. Fué entonces cuando se presentó el don Juan de Estoril, hijo del fugitivo de Cartagena, para ofrecerse al general traidor. Hoy parecen ambos enojados, y hasta sus respectivos partidarios van a mojicones en las calles de Madrid —¡lástima de calles, que se empleen para eso!— pero lo que entonces llevaba a don Juan al lado de Franco era nada más, y nada menos, que el deseo —regio antojo— de matar españoles, el borbónico anhelo de luchar contra la patria al lado de alemanes de Hitler y de italianos de Mussolini y de moros de Franco. También ese figura, ¡claro está!, en el mayestático legado de que había el pretendiente. Esa es ya historia. Como los muertos y el hambre y el cautiverio de España son la historia de Franco. La nuestra, en cambio, es el 14 de Abril. ¿Se comprende ahora nuestro orgullo, nuestra esperanza, nuestra inquebrantable decisión republicana? Ese pasado nuestro dicta, pura, el futuro que merecemos. Y esa ignominia de ellos, del Franco y del Borbón, aunque hoy, enfurruñados, parezcan alejarse, ha de unirlos seguramente en el mismo triste e implacable destino. Acaso Gil Robles —apaciguador epitéptico— y Sainz Rodríguez —padrino de quiebras— piensen ahora, como única solución monárquica, en una nueva estampa de Sagunto: un brigadier sublevado junto a un algarrobo, árbol que dió los frutos de la restauración.

Nadie dudará, por tanto, que son más bellas nuestras imágenes. Nuestra estampa ideal es la del 14 de Abril: el pueblo español llevando en alto a España, en jóbilo hacia su destino inmarcesible. Que no desmaye, pues, nuestro esfuerzo, que no se cansen nuestros brazos. Saquemos bríos y vigor del propio dolor del destierro, del recuerdo enternecedor de nuestros hermanos, mártires inolvidables de la martirizada España.

En este 14 de Abril de nuestra sencilla fiesta familiar, a ellos van nuestros emocionados recuerdos, como van en un hogar —que hogar republicano es éste— al ser querido ausente. Sobre todo cuando lo sabemos desventurado, sin pan y sin libertad, que los miserables le robaron.

He dicho.

Palabras del Ecmo. Sr. Embajador de España don Luis Nicolau D'Olwer

El embajador don Luis Nicolau D'Olwer recordó que hacía 16 años que en medio de la alegría general fué proclamada la República en España, sin una gota de sangre, sin que se creasse ninguna hipoteca de tipo internacional. Agregó que la República resolvió los problemas que la monarquía había hecho crónicos y que la dictadura agravó, y que ello no obstante un grupo de traidores, apoyados por Hitler y Mussolini, se confabularon para destruirla e imponer sus privilegios por medio de la fuerza de las armas. Y así surgió el movimiento sedicioso que comenzó en 1936 y triunfó en 1939, después de sembrar a España de cadáveres y de ruinas.

Refiriióse a los acuerdos de las Naciones Unidas, impidiendo que España entre a formar parte de ninguno de sus organismos, y expresó que no basta rechazar el crimen —ya que esos acuerdos suponen enérgica repulsa— sino que es preciso sancionarlo.

Refiriéndose a la monarquía, dijo que ésta no sería sino otra clase de dictadura, y que "el falangista que mendigó de Franco el permiso para entrar en el ejército de la facción, el que ahora invoca el derecho divino de ocupar el trono, es incapaz de devolver a España su libertad".

Siguió diciendo que los españoles no pueden estar ni con uno (Franco), ni con otro (Don Juan), sino con la República que el pueblo se dió el 14 de abril de 1931.

Dedicó sentidas palabras a los españoles que cayeron en la lucha y a los que hoy gimen en la opresión, a los que sufren en los países europeos destrozados por la guerra: saludó a las naciones que han reconocido al Gobierno de la República española y a los que han roto con Franco o no han reanudado relaciones con él, entre los cuales se encuentra México, al que los españoles deben gratitud eterna.

Y terminó así:

"Renovaremos nuestra fe en la República y en la libertad y hagámonos el firme propósito de mostrarnos dignos de ellas y de los que por ellas murieron."

Fué muy aplaudido en diversos pasajes de su conceptuosa disertación.

Por último se oyeron con entusiasta respeto los Himnos nacionales de México y España, que fueron ovacionados fervorosamente, terminando así el acto, del que la numerosísima concurrencia salió satisfecha y emocionada.

LIBROS

PRESENCIA DEL HOMBRE

Por Marín CIVERA

Ediciones "Mediterrani", bajo el patrocinio de la Casa Regional Valenciana, pone en nuestras manos este libro de Marín Civera. Obra meritoria la de este grupo de valencianos en México, unidos a aquellas luminosas playas mediterráneas por los hilos invisibles del espíritu. Invisibles pero reales, tensos, vibrantes cual cuerdas de un mágico instrumento musical: diríamos el arpa de los arpegios nostálgicos, el clavicordio de la nota de cristal en la silenciosa noche del destierro.

La cuerda musical había sido templada ya sobre los trastes geográficos de los meridianos, tendidos ambiciosamente entre los dos continentes. Sólo faltaba la mano del virtuoso que supiera arrancarles el misterio de su melodía. La mano de Marín Civera se ha adelantado entonces con ademán a la vez resuelto y tímido: con resolución que da el impulso interior, la vocación, la fuerza concentrada del pensamiento, y con timidez que imprime la sencillez, la bondad, la ternura.

Digamos, brevemente, algo del autor: Marín Civera es uno de los más puros valores de la intelectualidad valenciana, un gran escritor de fina sensibilidad y docta y jugosa pluma. Posee una rica y varia cultura al servicio de un pensamiento elevado, palpitante de emoción humana. Su estilo es limpio, diáfano. Diremos brevemente, algo de su obra: "Presencia del hombre" es un libro amargo y bello. En sus páginas se vive el drama del desarraigado, acendrado en la melancolía, la soledad y la meditación. Cualquiera puede convertir su infelicidad en desesperación o en iracundia. Sólo los grandes espíritus saben convertirla en obra bella. Así Marín Civera: en sus reflexiones de peregrino, "al margen de su paisaje y enfrente de un destierro ingrato y desconocido", revive en cierta forma el prodigio del taumaturgo que convierte en pura maravilla todo cuanto toca su varita mágica. Sin embargo, nada hay tan ajeno a lo milagroso como el dramático juego humano —a veces con un dejo de humor— en que se recrea el autor. Dijérase que en su misticismo humanitarista han dejado profunda huella Pascal, Montaigne, también nuestro Unamuno, y hasta alguna divinidad mitológica del viejo Mediterráneo cálido y sensual...

El ausente de su patria que lea este libro encontrará en él jirones de su propia alma. Yo aconsejo fervorosamente su lectura. Quería citar como más hondamente emotivos algunos de los ensayos que lo componen, pero vacilo en la elección. Todos reclaman, en empeñoso tropel, la primacía.

Don Rafael Altamira, el sabio polígrafo, hace en unas admirables cuartillas la presentación de la obra. La aparición de ésta debe marcarse en las ásperas jornadas de la emigración con piedra blanca. Tal es el mérito singular del libro de Marín Civera.

"READY" (Novela)

Por Antonio ORTEGA

EDITORIAL LEX, LA HABANA

Antonio Ortega uno de los valores literarios de la España emigrada. Profesor, escritor de fina calidad, cuentista notable, cronista brillante, ganador de faunos y galardones en importantes certámenes, la tragedia española lo arrancó en plena juventud de sus tareas docentes y de la fervorosa creación literaria en la calma verde y húmeda de su amada Asturias —"caía el orbayo y la catedral daba la hora cada sesenta minutos"—, para lanzarlo a esta inmensa peregrinación de nuestra España republicana por tierras de América. En las de La Habana echó el ancla Antonio Ortega, que allí encontró la consideración a que sus méritos le hacen acreedor. En la capital cubana es jefe de información de la importante y popularísima revista "Bohemia". Allí encontró también su libertad de hombre y de escritor.

De su obra, cuajada ya en rica y jugosa madurez, nos ofrece hoy un fruto delicioso: esta original novela, cuya lectura ha sido para nosotros un regalo y una fruición. Se trata de las memorias novelada de un perro sato, faldenillo, aventurero, inquieto, inteligente como todos los perros. Hay hombres que ladran sus pasiones y dan perra expresión a sus sentimientos, justo es, en cambio, que este infeliz y simpático "Ready" de la novela de Ortega afine los suyos con delicadeza, con ternura, con ironía, hasta con cierta profundidad filosófica. Libro conmovedor en su gracia, alado en su hondura, agudo en su esencia humana, picante en su humorismo. Va dedicado, con enternecido recuerdo, a un perro —el "Tres" — que vivió con el autor durante once años "y al que tuve que abandonar, viejo y ciego, cuando huí de España al acabarse la guerra civil". Este emocionado recuerdo explica cómo el autor ha comprendido el alma del perro, de este pobre perro "Ready", que sabe husmear y rastrear las novelas humanas que ondean su perra existencia. La pluma de Ortega, cedida graciosamente a la tarea memorialista de "Ready", encontró el tono justo y deleitoso de la narración, con su nota picaresca —¿no hay capítulo de la novela (el de "Pata de Palo") que es una evocación del "Lazarillo?—, su punto de humor, de escepticismo, de ingenio, de delicadeza, de amargura, de todo eso que llamaríamos, con referencia a la literatura española, el acento asturiano, y que hace de Asturias una Atica cantabra. La observación aguda fulge en este libro entre la viva emoción de los sucesos humanos y perrunos que forman esta original novela, en la que el protagonista —el autobiografiado, diríamos— hurle los hechos y los hombres, les da nombre e interpretación por el olfato y la observación, y nos lleva a la casa del adulterio burgués, y a la de la venerable mamá de las mujeres perfumadas, y nos invita a sus aventuras de libertad en el arroyo, y conoce la historia triste de una chica alegre, y ama cínicamente, y otras muchas andanzas, se lo cuenta luego todo a su traductor, encargado de convertir todo aquello en linda prosa, y que es... un emigrado español. Este capítulo de la presentación del traductor —entre otros del libro— es una maravilla.

Antonio Ortega ha escrito, pues, una novela muy notable, sugestiva y original, afirmando así su fuerte y neestigiosa personalidad de escritor ágil y fino, de narador brillante y delicado, de buen novelista, en fin.

C. E.